

que cuando el científico quiere poner en relación sus descubrimientos con la totalidad del objeto de su ciencia y con las grandes hipótesis explicativas la referencia histórica a los fundamentos de estas teorías continúa siendo actual.

Y lo mismo puede decirse de la psicología, pero con la diferencia que si el físico sólo esporádicamente necesita poner en relación sus descubrimientos con la totalidad del cosmos, el psicólogo necesita en cada caso poner en relación sus descubrimientos con la totalidad del hombre, objeto último de su ciencia. Y la totalidad del hombre significa el hombre consciente e intencional. Y referirse a la consciencia y a la intencionalidad, aunque sea para negar la posibilidad de tratarlas científicamente, remite inmediatamente a discursos históricos que han marcado distintas orientaciones psicológicas.

Al mismo resultado llegamos cuando atendemos a las implicaciones éticas de la ciencia. Que el conocimiento de la naturaleza puede tener consecuencias perversas basta el ejemplo de la bomba atómica para mostrarlo. Pero es cierto que se trata de un caso extremo y que la mayoría de las aplicaciones son, al menos a primera vista, relativamente inócuas y que en el caso de la bomba atómica es posible separar muy claramente entre los desarrollos científicos que la hicieron posible y los políticos que dieron la orden de fabricarla y más adelante de emplearla, de modo que el científico puede fácilmente olvidar su responsabilidad en el proceso. Pero el psicólogo, y no digamos el psicólogo en ejercicio, actúa siempre sobre seres humanos y su responsabilidad resulta ineludible. Y en el tratamiento de los problemas éticos las referencias históricas resultan obligadas.

Todo lo cual podría resumirse diciendo que la psicología es una ciencia pero que porque tiene como objeto al hombre, a la vez objeto y sujeto de conocimiento, es una ciencia con características singulares y únicas respecto al conjunto de las ciencias de la naturaleza y que esta singularidad hace que la relación con su propia historia sea también singular. Ésta al menos es mi opinión y aun me atrevo a sospechar que no muy lejana de la de los autores del libro que comento.

## Haciendo historia para el futuro de la psicología

Alberto Rosa  
Juan Antonio Huertas  
Florentino Blanco  
*Universidad Autónoma de Madrid*

Queremos, en primer lugar, agradecer al *Anuario de Psicología* la oportunidad que se nos da de someter a discusión la propuesta metodológica que hemos hecho para la Historia de la Psicología. Igualmente hemos de dar las gracias

a los colegas que han sido tan generosos con su tiempo como para prestarse a participar y aportarnos sus argumentos al debate que se produce en estas páginas. Ellos nos dan ocasión para clarificar algunos de los puntos que, seguramente, han quedado insuficientemente explícitos en el libro sobre el cual versa el diálogo que aquí sostenemos.

Son varios y de muy diverso calado los temas que se mencionan en las reseñas precedentes. Como no podía ser de otra manera, se ponen de manifiesto no sólo diversas aproximaciones a la Historia de la Psicología y a la manera de abordarla, sino que, incluso, las diferentes reseñas muestran lecturas bastante diferentes del libro cuyo comentario aquí nos reúne, y, tal vez, también, diversas interpretaciones sobre la visión de la psicología y de la teoría de la ciencia que se atribuye a los autores del libro que se comenta. Dado que resultaría imposible, por razones de espacio, contestar pormenorizadamente a las cuestiones puntualmente expresadas por cada interlocutor, intentaremos agrupar las cuestiones planteadas en diversos apartados, tratando, eso sí, de dar cumplida razón de nuestro punto de vista. No con el afán de convencer a nadie de la veracidad de nuestra postura, sino de intentar clarificar nuestro mensaje al mismo tiempo que añadir argumentos para la reflexión y el debate.

### **Nuestra orientación hacia la Psicología y la Historia de la Psicología**

La lectura de algunas de las reseñas aquí presentadas nos lleva a sospechar que es preciso clarificar de alguna forma el modo en el que concebimos los ámbitos respectivos de la Psicología y de la Historia de la Psicología, y cómo consideramos la relación entre ambas.

Nos parece ocioso a estas alturas, por obvio, expresar nuestra adhesión al método científico aplicado a la psicología. Gracias a él la psicología se ha constituido como disciplina, ha acumulado un importante caudal de conocimientos sobre lo psicológico, indudablemente superior al de tiempos anteriores, y ha permitido abordar con rigor (no sólo pragmático) no pocos problemas reales de sujetos de carne y hueso. Seguro que también todos estamos de acuerdo en que hacer ciencia no consiste simplemente en generar una hipótesis susceptible de ser puesta a prueba, someterla a prueba empírica y publicar los resultados, sino que es preciso que exista también un corpus de conocimiento teórico del cual se deduzcan esas hipótesis y al que se incorporen los resultados de la investigación empírica. Tampoco creemos que haya quien defienda que este proceso permite por sí solo solucionar *todos* los problemas de la psicología, abandonando completamente la reflexión teórica, conceptual, aquélla a la que se dedica la filosofía con o sin apellidos (p.e., *de la Ciencia*). Una ojeada a las referencias bibliográficas de cualquier revista de psicología puntera revela la presencia de no pocos filósofos entre las fuentes que manejan los psicólogos actuales.

Ruiz, Sánchez y de la Casa dicen en su comentario, que los problemas de la psicología no se resuelven pensando sobre ellos o hablando de ellos; nosotros apoyaríamos esta afirmación tan rotunda si se le añade el adverbio *solamente*, y

matizando, también, que los problemas reales se resuelven actuando, pero que pensamiento y habla son también formas de acción que, además, como funciones psicológicas sirven para planificar la conducta. Por otra parte, no podemos dejar de lado una cierta parsimoniosa cautela respecto de la idea de que cualquier problema de la psicología se pueda resolver experimentalmente. Si lo que esos autores pretenden decir es que un problema de la teoría psicológica sólo se entiende como resuelto cuando se ha construido una teoría con apoyatura empírica para dar cuenta de los fenómenos hasta entonces inexplicados, entonces sí estaremos de acuerdo con ellos. No obstante habría, entonces, que matizar que no conviene confundir los términos empírico y experimental, además de que es sano no olvidar que, para que un problema pueda haberse formulado en términos susceptibles de ser puesto a prueba empírica, hay que hacer un trabajo previo que pertenece al dominio de lo conceptual, sobre el cual prioritariamente se habla y se piensa.

No creemos que llamar la atención sobre ello represente la expresión de una actitud de añoranza de la filosofía, sino precisamente la conciencia de que no se debe olvidar el rigor conceptual que tanto trabajo le costó establecer a la filosofía, y del cuál las ciencias son herederas. Tal vez no resulte ocioso recordar a algunos que filosofía no es equivalente a especulación gratuita. Como uno de nosotros ha dicho en otro lugar, «quizás uno de los problemas de la psicología sea, precisamente, su éxito en constituir una identidad propia. Es algo así como un hijo que ha prolongado su adolescencia y continúa rebelándose contra la familia para desarrollar su propia identidad. Tal vez sea llegado el momento en el que la psicología, ya adulta, vuelva a tener relaciones con la familia de donde procede, en lugar de volverle la espalda o identificarse irreflexivamente con algunos de sus miembros. Esa familia es muy amplia, abarca desde la filosofía a la biología, pasando por todas las humanidades y las ciencias sociales. Pues no en vano todo este conjunto de disciplinas estudian a los seres humanos, tanto como seres vivos, como primates evolucionados, en su caso, y como seres sociales que crean, usan y persiguen significados, en otro» (Rosa, en prensa).

Pero nuestra función, en tanto que historiadores de la psicología, no consiste en decirles a los psicólogos cómo deben hacer psicología, sino precisamente en estudiar a la psicología misma, cómo surgió y cómo se ha ido transformando a lo largo del tiempo. El objeto de la Historia de la Psicología es la psicología y su primera obligación es tratar de caracterizarla de manera que pueda estudiarla y luego hacerlo con el mayor rigor posible. Para ello, y en tanto que historiadores de la psicología, es decir, en tanto que miembros de la comunidad de practicantes de un saber disciplinado, no podemos quedarnos meramente en la formulación de problemas y en la búsqueda de evidencias empíricas que contesten a las preguntas que a uno puedan ocurrírsele de cualquier forma, o que vengan demandados desde otras disciplinas (como pueda ser la psicología misma), sino que la propia formulación de los problemas de la *disciplina* «Historia de la Psicología» (si es que creemos que tal disciplina existe) debe venir guiada por una reflexión teórica previa que permita segregar problemas historiográficos y diseñar un método para poder abordarlos de manera empírica. En esto creemos que está plenamente acertado Juan Carlos Loredó cuando dice que

nuestro libro no está dedicado a una mera exposición de técnicas de recogida de datos, sino que penetra en una concepción de la disciplina. Pero también tienen razón nuestros críticos cuando señalan que tal fundamentación no se aborda en el volumen que aquí se comenta, citándose una monografía (Rosa, en preparación), que prometemos aparecerá pronto. Trataremos aquí de adelantar algunas de las cuestiones que allí se tratarán con mayor sosiego.

Cuando uno se propone exponer un método, una de las primeras cosas a considerar es precisamente los límites del método que se propone, la fiabilidad y validez de los datos que se generan al aplicarlo, así como la significación de los resultados obtenidos en función de los propósitos del investigador. Esa reflexión sí está incluida en el libro que comentamos, y se hace allí con la mayor honestidad de que hemos sido capaces. Los resultados tal vez puedan resultar algo chocantes cuando una idea de la ciencia demasiado atada a las concepciones clásicas de la ciencia natural se confronta con una visión de la historia más cercana a la tradición de las humanidades. Pero estamos convencidos de que uno de los mejores servicios que la Historia de la Psicología puede hacer a la psicología es precisamente someterla a escrutinio con el objetivo que generalmente pretende la historia: describir, explicar e interpretar el pasado para sacar enseñanzas para el presente y para la planificación del futuro. Vayamos pues, una vez clarificada nuestra postura de partida, a intentar contestar a las cuestiones que han puesto sobre la mesa nuestros interlocutores en este debate.

## Objeto y función de la Historia de la Psicología

La Historia de la Psicología estudia a la psicología, pero conviene no confundir la una con la otra. Mientras la Historia de la Psicología es una disciplina del tronco de la historia y de la familia de las historias intelectuales, y si se quiere, de una manera más específica, de las historias de lo que podríamos denominar «saberes disciplinados», la psicología la concebimos como un grupo de saberes disciplinados de muy diversa naturaleza pero que tienen en común su orientación al estudio del comportamiento de los seres vivos o de algunas de las facetas de éstos (como pueden ser, por ejemplo, los procesos de conocimiento o de conciencia en humanos). Si bien se da el caso que algunos psicólogos dan definiciones de la psicología que arrojan fuera de ella a muchos otros que se consideran a sí mismos (y son considerados por muchos otros) como psicólogos, entendemos que el historiador de la psicología no debe ser tan exclusivista en la consideración de un escrito como perteneciente a la psicología, como podría serlo si se atuviera a una definición demasiado restrictiva de la psicología. Este criterio, como acertadamente señala Siguan, es bastante débil, pero no está exento de una justificación teórica. Foucault (1969-1985) formula el concepto de *formación discursiva* para referirse a la aparición de un horizonte de *positividad* que hace posible la generación de discursos sobre un objeto que queda fijado de una determinada manera en el seno de éstos.

Aunque son muchos quienes pueden coincidir en que el psicoanálisis o las

psicologías humanistas tienen dificultades para ser considerados como formas científicas de dirigirse al estudio del comportamiento, sin embargo creemos que muy pocos estarían de acuerdo en arrojarlas de la Historia de la Psicología, lo que sería equivalente a negar el carácter psicológico de estas formas de conocimiento. La cuestión del juicio crítico que se haga sobre estas maneras de dirigirse al estudio de lo psicológico o sobre la validez de sus aportaciones es una cuestión distinta que abordaremos algo más adelante.

Si entendemos, entonces, que la psicología es una formación discursiva, lo que el historiador de la psicología tiene que estudiar son los discursos que en su seno se producen, pero poniéndolos en relación con las condiciones de su producción, distribución y consumo. Eso es lo que nos ha llevado a distinguir los tres niveles de análisis a los que se refiere Siguan en las páginas precedentes (nivel del discurso, biográfico y socio-institucional). Si la psicología es una forma de saber colectivo acumulable, no cabe duda que ese saber está distribuido en textos, en prácticas sociales, en instituciones, al mismo tiempo que los textos psicológicos (los depósitos del saber acumulado) son resultado de acciones concretas de individuos con nombres y apellidos.

La Historia de la Psicología, como cualquier otra forma de historia, tiene como tarea describir y explicar la aparición de la formación discursiva de la psicología y los cambios que en ella se han producido a lo largo del tiempo. Para ello se fija más en los cambios, en las inflexiones, que en las continuidades. La forma típica de describir y explicar el cambio a lo largo del tiempo es la forma narrativa. Una de las particularidades de la forma narrativa es que junto al contenido (los acontecimientos y objetos que se relatan) hay una forma que inevitablemente les acompaña, una trama, un argumento e, inevitablemente, una tendencia hacia el cierre de la narración, una moral, una tendencia de futuro implicada. Esto no es algo inevitable, es algo que forma parte consubstancial de la historia. Es la interpretación, la «enseñanza» que se extrae de la historia, aquello que le da sentido a su propio ser. No se trata sólo de que entre los propósitos del historiador esté el evaluar, el juzgar, el moralizar, sino, más bien, que no tiene manera de evitarlo por la propia naturaleza de la tarea que realiza. La cuestión a la que se enfrenta no es, pues, la de ofrecer una interpretación verdadera de lo que sucedió, sino que esta interpretación esté iluminada con el conocimiento más exacto posible de lo acontecido, acompañado por un aparato crítico que señale las cautelas precisas para la interpretación más parsimoniosa posible. De ahí, por ejemplo, que los historiadores hayan distinguido entre visiones presentistas e historicistas del pasado, y que tradicionalmente se señale que los historiadores tiendan a entender, en lo posible, el pasado en sus propios términos (historicismo), mientras que los profanos suelen tener la tendencia a interpretar los acontecimientos del pasado como si fueran contemporáneos de uno mismo (presentismo).

A veces se dice que una de las funciones de la historia es constituirse en tribunal de lo acontecido en el pasado. Un general de tenebrosa memoria decía que sólo se sentía «responsable ante [...] la Historia». La cuestión es que la historia no es un agente que atribuya responsabilidades, que decida qué fue bueno o pernicioso y para qué, para quién o por qué. La historia, a su vez, está constituida por textos escritos por sujetos humanos, por sujetos del mismo tipo que

aquéllos que actúan en el presente para construir un futuro, a partir, además, de una concepción de quiénes son ellos mismos fundamentada, por otra parte, en una determinada interpretación del pasado personal y colectivo. Dicho de otra manera, a nuestro entender la evaluación que se hace del pasado desde el presente no es neutra, se hace desde los intereses de quienes evalúan en este ahora, al mismo tiempo que no cabe sostener que el futuro decidirá quién tenía razón. Sería más ajustado decir que los historiadores del futuro juzgarán nuestro presente desde el suyo, y lo harán con la intención de justificar su propio presente (futuro para nosotros) en cuya construcción la resolución de los conflictos que hoy vivimos resulta crucial. Por ello, no resulta descabellado pensar que el juicio del pasado lo hacen siempre los vencedores (o los derrotados), quiénes justifican su preponderancia (o planean su revancha). Esta justificación *ex post facto* no debe ser entendida ingenuamente como el resultado de un progreso en una historia que ineluctablemente avance hacia adelante, como un avance de la razón o el conocimiento, sino como una manera de interpretar el pasado para justificar el presente y una imprecación sobre por dónde debe ir el futuro de acuerdo con los intereses y deseos de quien hace esa interpretación. En definitiva, la historia, al igual que la ciencia, o la psicología, es una construcción humana, es un conjunto de discursos que aparecen básicamente en forma de textos.

Esto que acabamos de decir es una reflexión o, si se prefiere, una forma de hablar o de pensar sobre los fines y las funciones de la Historia de la Psicología. Una reflexión que no creemos que sea muy diferente a la que se hace en teoría de la ciencia sobre la manera en que se construyen, se deben construir e interpretar los resultados empíricos de la ciencia, y que, estamos convencidos, ayuda a evitar que los resultados empíricos de una determinada indagación se tomen irreflexivamente como indicios del descubrimiento de leyes universales de carácter trascendental. Creemos que esta posición tiene algunas consecuencias sobre el modo de hacer Historia de la Psicología, sobre la forma de constituir los datos de la Historia de la Psicología y sobre la manera de interpretar los resultados de las indagaciones de esta disciplina. A ello nos dirigimos ahora.

## Los datos de la Historia de la Psicología

Siguan plantea una cuestión que creemos de gran transcendencia a la hora de hacer historia intelectual. Se trata del juego de perspectivas que se produce entre el habla del protagonista de un suceso, del narrador de ese suceso y de quien interpreta los informes de esos sucesos en otro momento temporal y, además, lo relaciona con otros sucesos de esa misma naturaleza. Se trata de un problema central en varias disciplinas intelectuales, pero que toma una importancia especial en el caso de las historias intelectuales de la ciencia, precisamente porque la ciencia pretende ofrecer un discurso objetivo, independiente de las circunstancias personales de quienes lo enuncian.

Para abordar esta cuestión creemos que resulta imprescindible distinguir analíticamente diversos planos. Por un lado un plano que podríamos denominar

de la acción científica y, por otro, el del estudio de las acciones de los científicos. A estos dos habría que añadir un tercero, el plano del estudio histórico de la ciencia. Veámoslos por separado.

### *El plano de la acción científica y el plano de la descripción de la acción de los científicos*

Cuando un científico genera una explicación científica, ¿cómo lo hace? Vamos a tratar de responder a esta pregunta desde una perspectiva que nos atreveríamos a llamar etnográfica; es decir, de observación de sus acciones en el plano comportamental. Una manera de expresarlo es que un individuo genera una pregunta empírica (es decir realiza un acto del habla) a partir de un conjunto de categorías lingüísticas recibidas (de la formación discursiva en que trabaja) que suministran una determinada concepción de una parcela del mundo —lo que Latour (1987) llama un *mundo de papel*—; es decir, una manera de expresar en el discurso el modo de ser de esa parcela del mundo que es el referente de ese discurso. A esto mismo, en el lenguaje de la teoría de la ciencia, se le llama deducir una hipótesis a partir de una teoría. Esa pregunta se trata de contestar realizando una secuencia de acciones sobre el mundo real, unas acciones que, a su vez, no son arbitrarias, sino que están reguladas por otros discursos disciplinados, lo que se suele llamar la metodología de la disciplina. El resultado de las acciones del científico sobre su objeto de estudio es una experiencia de conciencia que se interpreta desde las categorías teóricas y metodológicas prescriptivas de las teorías (discursos) que se han utilizado para regular esas acciones. Se suele decir, entonces, que la respuesta que resulta de estas acciones es objetiva, es verdadera; que trasciende la subjetividad. Entendemos que esto es así si se da la circunstancia de replicabilidad; es decir, si cualquiera que utilice de forma igualmente prescriptiva esas mismas categorías teóricas y metodológicas y ejecute las mismas acciones sobre esos mismos objetos en las mismas circunstancias, expresa de forma equivalente a la del sujeto anterior la experiencia de conciencia resultante.

Si nos fijamos, en el párrafo anterior están ya apuntadas dos maneras diferentes de orientarse respecto de acontecimientos que se producen en el mundo. Mientras que el científico diría en primera persona algo así como «la teoría  $x$  predeciría que el objeto  $z$  sometido al tratamiento y manifestaría la transformación  $f$  como consecuencia de la ley general  $g$ , de la cual  $y$  es un caso particular»; el observador de la acción del científico, sin embargo, ofrecería un relato cuyo objeto son las acciones llevadas a cabo por el científico y cuyo sujeto, cuyo protagonista, es el científico mismo. Podríamos decir que los discursos respectivos del experimentador cuando se refiere a sus acciones de investigación y del observador respecto de lo que el experimentador hace, son resultado de dos modos distintos de dirigirse a diferentes aspectos de la realidad, tienen intenciones distintas y van a la búsqueda de legalidades de naturaleza diferente. Mientras que para uno lo relevante es la teoría del objeto y el modo en el que el objeto se comporta (en relación con la teoría), para el otro lo relevante es lo que el experimentador hace y por qué y para qué lo hace. Esto se pone de manifiesto en la misma

estructura gramatical de las frases que cada uno pronuncia, mientras que para el primero la agencialidad reside en la teoría y en el objeto estudiado, en el segundo caso la agencialidad reside en el sujeto humano y en las normas (sociales, por discursivas) a las cuales intencionalmente aquél se ajusta.

El experimentador a la hora de expresar verbalmente lo que acontece con su objeto de estudio no utiliza verbos intencionales para referirse a los cambios en el objeto de estudio. Su propia función en el proceso de generación de datos y teorías se oculta bajo una retórica de la impersonalidad en la cual parece como si la naturaleza del objeto se revelara por sí misma, siendo la acción del científico mera ocasión para su desvelamiento. El conocimiento científico parece así progresar por un impulso propio, de forma relativamente independiente de las acciones de las personas o de las condiciones de posibilidad que generan o que niegan las instituciones. En el caso del observador de las conductas de los científicos, sucedería algo bastante diferente, pues los propios datos de las ciencias son resultado de los actos motores y del habla de los agentes humanos y sociales involucrados. No se trata para este último de que los objetos sobre los cuáles actúa el científico sean irrelevantes o no tengan ningún papel agencial, sino que su agencialidad, respecto del discurso producido por el científico agente, sólo se produce como consecuencia de la acción intencional del científico sobre él, al extremo de que sin la acción del científico el fenómeno no está presente en el discurso de la ciencia, no ingresa en el mundo de papel, no se convierte en hecho, no ingresa en el universo teórico. Es más, el modo en el que ingresa en este mundo de papel es a través de la caracterización que hace el científico. Esta caracterización, a su vez, no es arbitraria, sino reglada por los discursos teóricos y metodológicos, y esa regulación debe, también, ser tomada en consideración por quienes tienen como objeto de estudio las acciones de los científicos.

Si quisiéramos hablar de objetividad a la hora de referirnos a los discursos de ambos tipos de estudiosos de nuevo podríamos decir que la objetividad depende de la explicitación, lo más descontextualizada posible, de los supuestos teóricos y metodológicos de cada uno de ellos y de la replicabilidad de sus observaciones por parte de otros observadores que sigan los mismos acontecimientos con las mismas prescripciones de acción. Plantearse cuál de las dos visiones de los acontecimientos descritos es más verdadera no tiene sentido, pues cada uno de estos agentes se dirige a la realidad de manera distinta, creando intencionalmente *mundos de papel* diferentes.

### *El plano del análisis histórico de la ciencia*

Hasta ahora, cuando nos hemos referido al estudio de las acciones de los científicos, hemos permanecido en una relación prácticamente sincrónica entre el científico y el estudioso de las acciones de los científicos. Pero la historia estudia acontecimientos del pasado, no del presente, y esto tiene algunas consecuencias importantes. En primer lugar, el historiador no tiene experiencias empíricas directas, sino, más bien sus experiencias son, podríamos decir, de segunda mano; pues o bien lo que recibe son textos relatando las experiencias de



contemporáneos (cada una de ellas relatada desde una particular intencionalidad y con propósitos determinados), o bien a partir de documentos sobre el comportamiento del objeto de estudio (obras científicas del pasado) o monumentos (objetos del pasado). El historiador, sobre esta materia prima que ha recolectado, debe construir sus propios textos, los cuales constituyen acontecimientos o construcciones historiográficas referidas al pasado que se estudia. Y eso lo hace poniendo en juego su propia teoría y metodología historiográfica.

Aquí hay una diferencia fundamental entre el historiador y los investigadores empíricos de realidades presentes. El historiador ha de constituir los datos con los que trabaja no a partir de su experiencia directa, sino de evidencia de «segunda mano». Ello le coloca en una posición particular, pues no está en disposición de recoger la evidencia que precisa para explicar el problema que se plantea mediante la puesta en uso de una estrategia planificada de producción de experiencias, sino que tiene que conformarse con los documentos que tiene accesibles, con los rastros dejados por los actos y experiencias de otros.

Así planteadas las cosas, cuando el historiador ha de describir y explicar lo que pasó, ¿qué quiere decir suministrar una *narración verdadera*, o incluso rebajando el adjetivo, *exacta* de lo acontecido? ¿Cuál es el criterio de verdad o de exactitud que debe seguirse? Hay una respuesta fácil, y hasta cierto punto trivial, porque no responde a los problemas que efectivamente surgen: incluir toda la evidencia disponible. Dejando aparte el hecho, no infrecuente, de que esa evidencia pueda ser potencialmente indefinida (aunque siempre finita) o extremadamente escasa, está el hecho empírico de que en ocasiones es inconmensurable o/y contradictoria. En estos casos, ¿qué puede hacerse? Nuestra postura, fundamentada en la de Danto (1985), es que cabe construir una narración que tiene un carácter hipotético, que se convierte en plausible, pero nunca en verdadera, a menos que pueda encontrarse evidencia documental o monumental fiable que permita sostener lo que se relata. Una narración que incluya toda la evidencia que sea precisa (de entre la que se dispone) para explicar aquello que se estudia, y tan poca como sea posible. En cualquier caso, nunca se re-crea lo que realmente pasó, sino que se produce un relato plausible, a partir de las intenciones y categorías de trabajo que el historiador utiliza de manera disciplinada. Como el propio Danto dice, la pregunta «¿qué fue lo que realmente pasó?» no tiene sentido para el historiador, pues ni siquiera un hipotético testigo omnisciente contemporáneo al periodo estudiado podría responder a esa pregunta del historiador. El historiador estudia un problema historiográfico, no pretende descubrir la narración transcendental de la Historia General del Mundo.

¿Por qué un historiador estudia un fragmento del pasado? La respuesta a esta pregunta no creo que sea muy distinta a la que pudiera dar cualquier otro estudioso de un saber disciplinado. Desde nuestro punto de vista, porque hay una demanda de solucionar ese problema procedente del estado de conocimientos de esa disciplina, o bien porque la demanda se formula desde otra ciencia próxima. Por ejemplo, podríamos plantearnos estudiar la *Völkerpsychologie* de Wundt desde el interés historiográfico contemporáneo por la obra de Wundt, o bien desde el interés de la psicología actual por las relaciones entre cultura y procesos psicológicos. En cada caso las preguntas concretas de investigación posible-

mente fueran diferentes, y en consecuencia la evidencia a reunir podría ser no plenamente coincidente.

La historia es la práctica social dedicada a la conservación de la memoria, de la experiencia colectiva. Su función va más allá del archivo de los materiales legados por el pasado, los interpreta para su uso en nuestro presente. Como todo recuerdo, excepto el meramente incidental, es intencional, tiene un propósito ligado a las acciones presentes. Cuando uno produce un recuerdo no trae consigo de manera directa lo acontecido en un momento determinado del pasado, sino que lo reinstancia de manera relevante para la tarea actual en curso (Bartlett, 1932). Algo parecido le sucede al historiador, los eventos que relata han de tener un fundamento empírico (documental y monumental), pero esos eventos, ¿cómo se seleccionan?, ¿se vacían simplemente los anaqueles de los archivos correspondientes a las fechas bajo estudio?, ¿o, más bien, se procede de un modo parecido a como señalaba Hanson (1958/1971) cuando se refería a la construcción de los hechos científicos? Creemos que éste es ciertamente el caso; el pasado no se recupera, ni siquiera se re-crea, sino que se construye a partir de las evidencias que de él nos han llegado. No hay manera de recuperar los acontecimientos del pasado real, entre otras cosas porque no se pueden tener las experiencias que permitan constituir eventos (ya inexistentes) con el concurso de nuestras categorías de conocimiento. El historiador es como un detective, ha de buscar la narración más plausible para resolver el problema al que se enfrenta, apoyándose para ello en pruebas circunstanciales, testimoniales y materiales, pero nunca revivirá la situación real anterior. Entre otras cosas porque, desde el punto de vista de la experiencia personal del investigador del pasado, los acontecimientos del pasado son virtuales; sólo pueden ser imaginados, nunca vividos. La cuestión para nosotros es cómo disciplinar esa imaginación al servicio de los objetivos de la práctica historiográfica, hacer que esa imaginación actúe de forma parsimoniosa y poner todas las cautelas posibles para que no se convierta en desbocada fantasía.

El historiador de la ciencia tiene cosas en común con otros estudiosos de la acción científica. Su objeto de estudio no son los objetos sobre los que trabaja la ciencia (eso convertiría a la historia en inútil, pues para eso ya está la ciencia misma), ni tampoco exclusivamente los productos de la acción de los científicos cuando generan conocimientos sobre su objeto de estudio (ese es el objeto de los teóricos de la ciencia), sino, precisamente, cómo esos productos cambian a lo largo del tiempo. Entre los historiadores profesionales se señala de forma insistente que el tiempo es la materia de la que está hecha la Historia. De ahí que a los historiadores les interesen más los cambios que las continuidades. Ello les lleva necesariamente a confrontar las consecuencias de unas maneras de actuar con otras, además de buscar los determinantes que llevan a que en unos casos se actúe de una manera o de otra.

Así vistas las cosas, de lo dicho hay algunas consecuencias directas a considerar que nos permitimos enumerar seguidamente:

1. No tiene sentido distinguir entre historia interna e historia externa como si lo primero fuera consecuencia de un desenvolvimiento de la ciencia misma, como si ésta fuera un agente con capacidad de acción. Más bien los conocimientos (textos) son resultados de acciones de personas y las acciones de éstas

producen unos resultados cuya generación es inexplicable si no se hace referencia al propio proceso y las condiciones de su producción. El científico puede estar interesado solamente por los «out-puts» de las acciones de la práctica científica dejando al margen los detalles que acontecieron, pero la tarea del historiador es *precisamente* describir y explicar cómo y por qué se produjeron los procesos de fabricación que generaron ese producto para poder interpretarlo mejor.

2. Una de las virtualidades del papel del historiador está en afrontar de manera «historicista» el estudio del pasado, para poder entender precisamente los objetivos, las condiciones de trabajo, los criterios de veracidad manejados entonces por quienes producen ciencia. Creemos que este trabajo permite contribuir a una mejor interpretación de los textos del pasado. En cualquier caso, la historia ofrece una ayuda para la interpretación, pero no garantiza la interpretación verdadera. Como Siguan sugiere, el revivir las intenciones del autor (si fuera eso posible) no permitiría tener la verdadera lectura del texto, sino sólo la lectura del texto por parte del autor en un momento de su vida, que no es más que uno de sus lectores potenciales. El efecto del texto va mucho más allá de lo que el autor haya pretendido al escribirlo, está también en las lecturas que los demás han hecho de él.

3. Toda teoría científica (e incluso muchas que no lo son) sigue una lógica, ha sido producida a través de un procedimiento riguroso capaz de generar objetividad, de producir conocimiento verdadero. Dentro de un sistema teórico sí puede hablarse de un incremento de exactitud o veracidad desde su misma lógica interna contemporánea a su producción. En tales casos, ya Kuhn (1962) señaló que nos encontramos ante continuidades, no ante discontinuidades.

4. La cuestión de la veracidad se plantea en toda su agudeza cuando se confrontan sistemas teóricos alternativos entre sí. La cuestión, entonces, excede con mucho la aplicación de criterios de verdad referencial o empírica (pues cada uno de estos sistemas tiene los suyos propios), sino que, más bien, pasa a ser la de buscar criterios superiores a los propios de cada uno de estos sistemas teóricos enfrentados. ¿Cuáles habrían de ser estos criterios?, ¿los incluidos en algunos de los sistemas teóricos alternativos?, ¿los del sistema que profesa el historiador?

5. Cuando se confrontan sistemas teóricos desde la ventaja que da la posición del historiador éste se puede permitir manejar criterios de verdad en parte inaccesibles a los actores del pasado. Esto es así porque el historiador ya sabe lo que ha pasado, porque el futuro de los agentes del pasado es ya pasado para el historiador. El historiador tiene la ventaja de disponer de sistemas teóricos distintos y posteriores a los que conocían aquéllos a quienes estudia. El historiador, entonces, puede juzgar el pasado de forma rigurosa, pero no por ello cierra la cuestión de manera definitiva, pues su propio juicio pasa a ser materia para interpretación judicial posterior.

6. El historiador al estudiar el cambio, al describirlo y explicarlo lo está interpretando al mismo tiempo. Compara no sólo productos, sino sistemas de producción y tiene en cuenta los determinantes y las consecuencias de esos modos de producción y de los productos generados. Al hacerlo no puede dejar de interpretarlos y evaluarlos. Esa interpretación no puede dejar de hacerse desde los

propios valores del historiador (¿si no desde dónde se haría?). La validez de la interpretación que realiza el historiador está sometida al juicio de sus pares (al igual que en cualquier otra ciencia) y este juicio tampoco es arbitrario, sino que depende de las normas de comportamiento de la comunidad científica.

7. ¿Qué límites pueden establecerse a la subjetividad del historiador a la hora de interpretar al pasado?, ¿cómo puede evitarse que caiga en la arbitrariedad? Nosotros creemos que mediante el recurso a una metodología rigurosa y, como en cualquier otro saber disciplinado, mediante el concurso y el control de la comunidad de investigadores en historia. Como algunos de nuestros críticos han dicho lo subjetivo no tiene por qué ser inexacto, además de que desde la subjetividad se puede construir objetividad cuando se trabaja de forma coordinada y con rigor metodológico. Nuestro propósito ha sido precisamente establecer un método para construir objetividad compartida, que evite la arbitrariedad en la interpretación. En cualquier caso, no creemos que sea posible ningún método que garantice una verdad universal transhistórica, por lo menos en las ciencias humanas.

Concluimos este apartado, mucho más largo de lo que en principio habíamos previsto, volviendo a la cuestión planteada por Siguan respecto al juego de perspectivas interpretativas que se da en la historia. Hemos tratado de caracterizar diversas maneras de dirigirse a objetos distintos por parte de agentes que, aparentemente, trabajan sobre aspectos muy próximos: el científico, el etnógrafo de la ciencia y el historiador de la ciencia. Nuestra conclusión es que el historiador realiza un ejercicio continuo de perspectivismo. Este ejercicio, si no se queda en un divertimento *dilettante*, le ha de llevar al historiador de la psicología, finalmente, a situarse en una postura propia desde la cual realizar una interpretación actual de un fragmento del pasado de la psicología, que se convierte en un producto a consumir en el actual mercado de la psicología, para que allí sea consumido o rechazado.

La Historia de la Psicología debe ir más allá de la justificación presentista del estado presente de la disciplina. Tiene, también (aunque ciertamente no en exclusiva) la función de memoria y conciencia (ambas se precisan mutuamente) de la psicología, y en ese sentido, debe de tener cosas que decir sobre el presente y el futuro de la disciplina.

### **La función moral de la Historia de la Psicología. Historia general e historias regionales**

Siguan, muy agudamente, plantea si no se da el caso de que la relación entre Historia de la Psicología y psicología no tiene peculiaridades que la hacen diferente a la relación entre otras historias de una ciencia y la ciencia que tienen como objeto. Creemos que esta idea es plenamente acertada. Tanto la Historia como la psicología tienen como objeto de estudio el comportamiento humano, la Historia de la Psicología estudiaría entonces el comportamiento de los sujetos humanos que generan conocimientos (que versan sobre) los sujetos humanos y,

además, interpreta y evalúa los resultados de esos modos de dirigirse intencionalmente hacia la construcción de conocimiento. Eso le sitúa en una posición de radical reflexividad que pide un examen más pormenorizado del que aquí podemos hacer en el espacio de que disponemos.

Entre las consecuencias a destacar de este carácter radicalmente reflexivo están la relevancia sobresaliente que toma la ética a la hora de realizar la interpretación. No creemos que tras describir, explicar e interpretar por qué la psicología dice algunas cosas sobre su objeto de estudio, y cuáles han sido las consecuencias de tal modo de proceder, pueda seguir haciéndose psicología de la misma manera. Seguramente al historiador de la psicología, que al mismo tiempo sea psicólogo, se le ocurrirán muchas cosas, entre las cuales estarán qué maneras de entender la psicología tienen insuficiencias o resultados indeseables y qué rutas se le ocurren para el desarrollo de la psicología, qué horizonte utópico se plantea para el desarrollo de la psicología. Esto incluye un cierto componente moral, de llamada para una determinada dirección en la acción de los otros, una cierta función profética (Danto, 1985), no en el sentido de predecir el futuro, sino de prescribir un cierto criterio moral para la constitución performativa de ese discurso a través de la acción transformadora (de construcción del futuro) por quienes se hagan sensibles a ese mensaje.

En este sentido la Historia de la Psicología no es un adminículo inútil para la psicología, sino que tiene una función que cumplir para el desarrollo de ésta. Una función probablemente mucho más relevante de la que pueda tener la historia de cualquier otra ciencia para la guía del cambio en la ciencia que se historia.

El papel que acabamos de reclamar para la Historia de la Psicología en relación con el cambio en psicología, tiene bastante que ver con la idea de Historia General que han suscitado algunos de nuestros interlocutores en relación con las historias particulares o regionales.

Toda investigación histórica acaba en una historia particular, es decir, un texto o una narración que da cuenta de unos acontecimientos del pasado anclados en un tiempo y en unos espacios definidos. No puede ser de otra manera cuando se parte de una pregunta concreta de investigación. Sin embargo, esa historia particular sólo alcanza significación cuando se pone en relación con una historia general. Pero, ¿qué queremos decir cuando hablamos de Historia General?

El concepto de Historia General alcanza su formulación moderna con el idealismo alemán. La noción que se transmite es la de un acontecer teleológico, tendido hacia el desarrollo del espíritu, hacia un *telos* final, hacia la Ciudad de Dios entendida de una manera u otra, ya sea como Punto Omega o como sociedad sin clases. En definitiva, el estado final que marcará el fin de la historia porque ésta ha cumplido su propósito. Si se mantiene esta idea de Historia General, entonces puede tener algún sentido (aunque tampoco tiene por qué ser necesariamente así) hablar del juicio de la historia, de quién tuvo o no razón, de quién actúa a favor o en contra de la historia, de quién es progresista o conservador.

Ciertamente no es éste el sentido en el cual nosotros hablamos de Historia General. Para nosotros el futuro es el resultado, entre otras cosas, de la acción de los humanos. Sin duda las acciones presentes y futuras están constreñidas por las consecuencias del pasado, pero no determinadas necesariamente por ellas. El pa-

sado ciertamente nos da unas condiciones de posibilidad para la actuación y no otras, al mismo tiempo que nos suministra unos recursos y no otros. La Historia, entonces, aparece como uno de los instrumentos para la interpretación del pasado, para la concepción del presente y del futuro. Es, como antes hemos dicho, un instrumento moral, pero en el sentido de pretender señalar una dirección para la acción. Pero, ¿qué historia?

No hay duda de que las historias regionales no pueden cumplir ese papel, pues, como hemos señalado algo más arriba, éstas sólo alcanzan significación en el seno de una Historia General, o, mejor, del *telos*, incluido en ésta. Para nosotros la Historia General es más una idea utópica que una suposición de realidad. Es el horizonte al cual tiende la acción actual y futura, la que da sentido y suministra valor a las acciones tendidas hacia el futuro. Para nosotros la Historia General ha muerto, pero no podemos prescindir ni de un *telos* para la acción ni de historia dentro de la cual ese *telos* tenga un lugar. Si se nos permite el símil, diríamos que frente a la grandiosidad de la idea de Historia General de los idealistas (de carácter transcendental), nos quedamos con la idea de una historia minimalista tendida hacia el futuro. Es precisamente la interpretación del presente, iluminada desde una interpretación informada del pasado, y todo ello orientado hacia el futuro considerado como estado deseable al cual tender, lo que permite señalar la relevancia o irrelevancia de las acciones humanas, de los conocimientos producidos, y así orientar la acción actual.

En otras palabras, la historia es una construcción humana, pero el futuro también. El propio futuro depende de la historia, pero, desde nuestro punto de vista, la historia no instaura la necesidad como consecuencia de la objetividad, como dice Juan Carlos Loredó; sino, más bien, como decía Robert Watson (1979), el conocimiento y la interpretación del pasado nos libera de la necesidad, incrementa nuestra conciencia, nos aumenta el margen que tenemos para la orientación de nuestra acción.

Es esta idea la que rige nuestra concepción de la enseñanza de la Historia de la Psicología: suministrar recursos para que el estudiante gobierne su futuro, no suministrarle una Historia General a cuyas necesidades tenga que plegarse. Si no conseguimos nuestro objetivo no creemos que se deba a que no agitamos adecuadamente la bandera de las verdades racionales universales a cuyo servicio debe uno plegarse. Pensamos, más bien, que se trata de un problema que probablemente tenga que ver con aspectos psicopedagógicos en los cuales, con seguridad, están implicados tanto el modo en que nosotros realizamos nuestra función de profesores, como el modo en el que los alumnos se orientan ante la tarea que les proponemos.

### Una conclusión desde la reflexividad

Nuestra postura no pretende señalar la necesidad de caminar hacia una meta ineluctable (*método* es la palabra griega para referirse a «camino») señalada por verdades transcendentales hacia las cuales nos empuja el eros de la ra-

zón. Nuestro objetivo ha sido mucho más modesto, realizar una reflexión sobre los límites del conocimiento histórico y cómo éste puede tener alguna influencia en la forma de hacer psicología. Nuestra intención, como María del Carmen Giménez ha captado perfectamente, es la de poner la Historia de la Psicología al servicio de la psicología, pero sin subordinarla a ella.

Sólo puede hablarse de progreso desde una posición que permita generar criterios de progreso. No se trata de negar la existencia o la posibilidad de progresos, sino de señalar que a la hora de realizar un juicio de progreso, los historiadores harían bien en no limitarse a dar por sentado que lo más reciente es lo más avanzado, en limitarse a comprar, y así ayudar a vender, las interpretaciones que pueden ser valoradas en ese momento por las estructuras de poder en el mercado epistémico. Si la historia ha de valer para algo será no para añadir elogios a quien no los necesita, sino para añadir nuevas voces al diálogo. Las voces de los ausentes del pasado, y la propia voz del historiador que las ventriloquiza e interpreta desde el presente.

## REFERENCIAS

- Bartlett, F.C. (1932/1995). *Recordar*. Madrid: Alianza.
- Danto, A.C. (1985). *Narration and Knowledge*. New York: Columbia University Press.
- Foucault, M. (1969/1985). *Arqueología del conocimiento*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.
- Hanson, N.R. (1977). *Patrones de descubrimiento. Observación y explicación*. Madrid: Alianza.
- Kuhn, T.S. (1962). *The Structure of scientific revolutions*. Chicago: University of Chicago Press.
- Latour, B. (1987). *Science in action*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Rosa, A. (en prensa). ¿Unidad de análisis o sistema de síntesis? *Revista de Psicología y Ciencia Social*.
- Rosa, A. (en preparación). *Ciencia, Historia y Psicología*.
- Watson, R.I. (1979). The History of Psychology considered as Social Psychology of the Past. *Journal of the History of Behavioral Sciences*, 15, 103-114.